

LA cultura tiene la condición, que es también una condición cultural, de ser resumible. Cada período cultural que se diferencia y concreta respecto de los demás resume su significado en una obra de arte. Leyendo *El Crítico*, por ejemplo, se entiende bien qué era el Barroco español y las contradicciones barrocas. A veces ocurre que una obra de arte, es difícil que sea otra cosa que un relato, extiende el ámbito cultural y geográfico que resume y no expresa una cultura nacional, sino lo que hay de unidad cultural común entre varias naciones, como es el caso de *La Divina Comedia*. Las culturas se resumen en símbolos artísticos y el mejor y más frecuente es el relato. Los mayores artistas son resumidores y basta descubrir que un libro es resumen para saber que es un libro extraordinario y su autor un escritor extraordinario. Tentado estoy de afirmar que no hay obra de arte que sobreviva a su tiempo si no resume su tiempo. El juicio tiene, repito, especial valor cuando se refiere a los relatos y dentro de los relatos los que mejor resumen y más dicen en la época moderna son los que tienen las condiciones de la novela.

En lo anterior está entredicho que *Sexus* es un gran libro y Miller un escritor extraordinario, pues no hay libro, a mi juicio, que exprese mejor cuál es el significado de la cultura en que vivimos y nuestra actitud total respecto de ella, que *Sexus*. No creo que sea un libro al que se pueda poner en el plano de la intemporalidad, porque se lea siempre y siempre diga algo oportuno y permanente al lector, cualesquiera que sean las características del período en que vive. Esta clase de intemporalidad, la del Quijote, por ejemplo, se refiere a libros que son el resumen transferible de un tiempo a otro de los significados permanentes de la cultura en cuanto obra humana que engloba y define a los humanos.

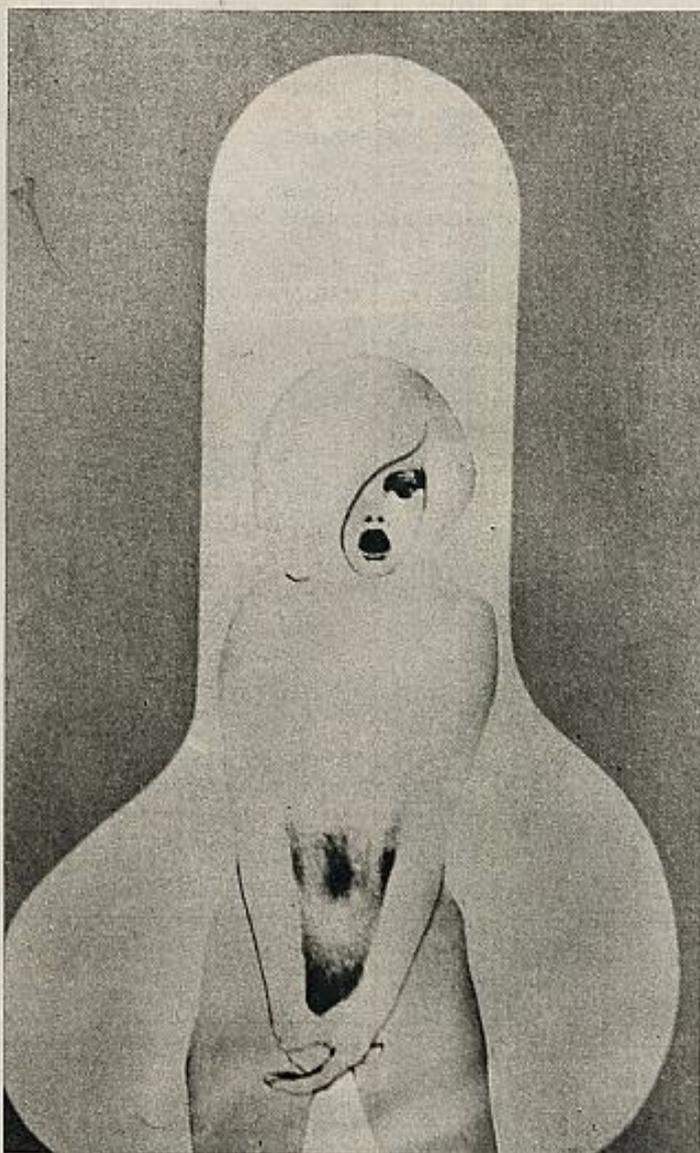
Sin embargo, pasado el tiempo, cuando Miller se haya alejado del campo psíquico y de la atención intelectual de los occidentales, si alguien busca el libro resumen de nuestro tiempo, o, lo que es lo mismo, el libro resumen de las consecuencias de la revolución industrial al borde de la revolución posindustrial, tendrá que recurrir a bastantes de los libros de Miller y especialmente a *Sexus*, resumen indubitable de nuestra desesperación, prisa, violencia, congoja, torpe asimiento a la ayuda del sexo y en el fondo, irremediable, por ahora, desengaño unido a imprecisas esperanzas.

Si Miller sólo hubiera dicho esto tendría interés, como lo tiene Bukovski o Hammet, que expresan el destino, so capa y disimulo de

En la presentación del libro de Henry Miller, "Sexus" (Editorial Alfaguara/Bruguera), el profesor Enrique Tierno Galván pronunció unas interesantes palabras que fueron muy comentadas. Sobre esas mismas palabras, Tierno Galván ha profundizado, después, por escrito sobre el tema, o sobre los temas que suscita Henry Miller: erotismo, sociedad, sexo, amor... Ese texto ha sido destinado a TRIUNFO, y es el que publicamos a continuación. Representa una meditación sobre un tema difícil, una meditación elevada y sincera, que ayuda a situar un libro que en tiempos fue explosivo.

SEXUS

ENRIQUE TIERNO GALVAN



libertad absoluta para el hombre desligado y audaz.

Pero Miller dice más en cuanto ha hecho compatible la brutalidad con el lirismo y el interés del argumento con el desconcierto de un hilo de causas que se rompe y rehace según un capricho que está por encima de las exigencias de la acción. De aquí que Miller sea excepción, de aquí también que lo sea *Sexus*, su obra más notable y discutida.

Pero no nos alejemos de la obra de Miller en general, en cuanto resumen y signo, y de *Sexus* en particular. Comencemos por una pregunta: ¿qué resumió Miller?, o, mejor dicho, ¿qué resumen nos da de nuestro tiempo Miller?

Formulándolo en categorías omnicomprendivas, que, a mi juicio, se inducen casi de cada una de sus páginas, el resumen se compendia en asentar y configurar como nadie lo había hecho hasta él, la definitiva secularización de tres principios de carácter originalmente religioso:

- La tentación.
- La mediación.
- La justificación.

Con carácter meramente estético, antes que Miller, Apollinaire —*Las mil vergas*— había convertido la tentación sexual en la relación estímulo-respuesta, de la que quedaba excluida la vivencia y el concepto de pecado.

Apollinaire había intentado llevar a la práctica la idea de que nada debe quedar excluido del tratamiento artístico y menos las zonas de la relación humana que se refieren a la genitalidad. Uno de los soportes firmísimos de la tentación, que según la cultura heredada llevaban directamente al pecado, era la carne, o, lo que viene a ser lo mismo, el sexo interpretado sobre todo genitualmente, por cuya razón infinitos usos, costumbres, prácticas y normas represivas impedían que el artista tuviera como materia a la que dar forma las relaciones y tentaciones genitales.

Apollinaire se alzó en contra y escribió un libro disparatado, divertido y notabilísimo, que impone audacias de lenguaje que han generado no pocas innovaciones estilísticas, y, particularmente, que ha elevado la parodia de la imaginación secreta burguesa al ápice de lo risible. No podríamos decir lo mismo de Sade, en cuyos libros la seriedad impide la parodia y la tentación asoma por todas partes perfeccionándose en el pecado.

En Miller es frecuente la parodia de la obscenidad, entendiendo a esta última como la manifestación elaborada y exagerada de las actitudes sexo-genitales. El lo ha dicho, en mis libros hay obscenidad, no pornografía, que equivale a afirmar que no existe intención alguna de excitar la libido propia ni la ajena. Además no es propiamente obscenidad, sino parodia de

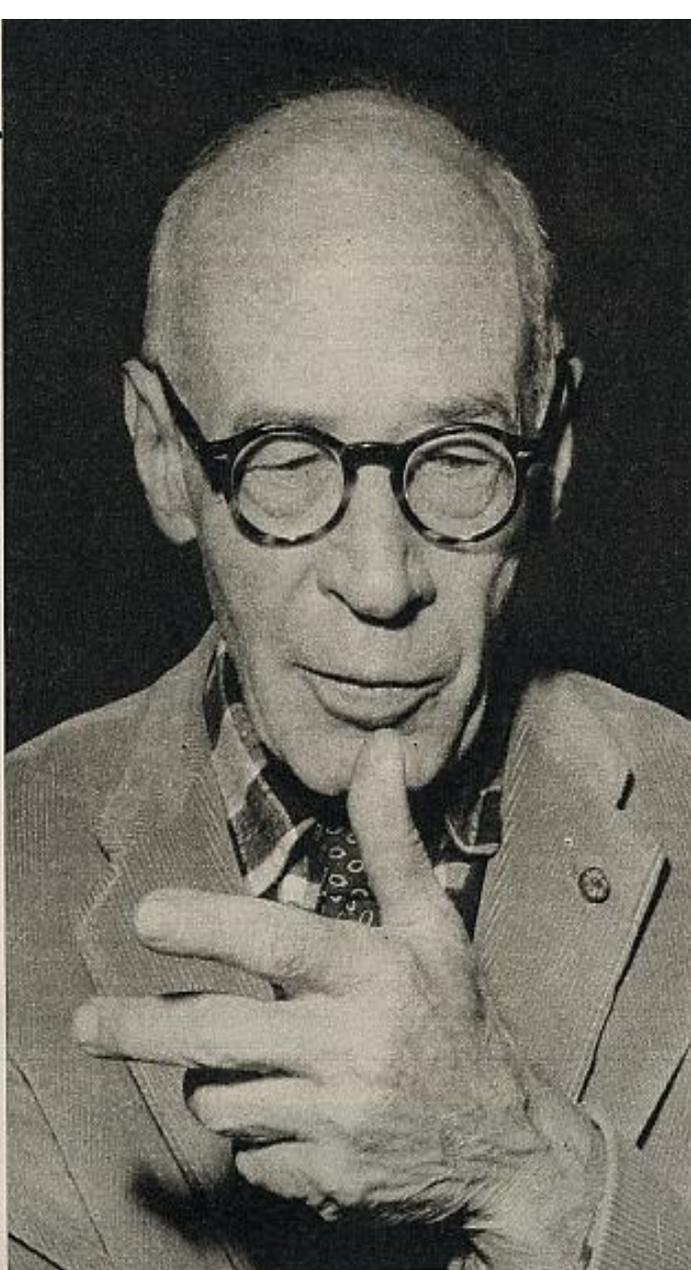
la obscenidad, sin olvidar que en latín obsceno significa también algo siniestro o fatal. Digo esto porque la obscenidad en la obra de Miller parece un hecho superpuesto a las propias intenciones del personaje.

En cualquier caso, es mala interpretación la que lleva a juzgar a Miller autor pornográfico. Muchas de las descripciones obscenas que hay en sus libros son repeticiones de trozos de relatos que en momentos de penuria escribían él y sus amigos para un misterioso personaje, que, a través de un editor, les pagaba a dólar el folio. Así lo dice Anaís Nin, la buena y simpática esposa de Miller, en su diario.

No debemos descuidar un hecho cierto, que la parodia de lo obsceno se desliga casi absolutamente de la tentación. Se convierte, por exageración de la genitalidad, en una relación de actos reflejos, que obedecen al imperio causal del estímulo y la respuesta, y sobre ellos, como algo aparte, la razón se burla, crítica o satisface. No hay tentación porque no hay conciencia pecaminosa y, a su vez, no hay conciencia pecaminosa porque no hay tentación. La tentación origen de la caída y de la conciencia pecaminosa ha sido sustituida por la relación estímulo-respuesta. La visión, la imaginación o el recuerdo de los genitales femeninos, o masculinos, produce el deseo, los actos subsiguientes y después nada, salvo alguna mancha o el cansancio. Así ocurre hoy en muchos países del mundo. Tiende a ser una característica definida de las sociedades desarrolladas, que en su expresión literaria coincide con algunos libros del Renacimiento que hacen también parodia de la genitalidad.

Hay, no obstante, diferencias profundas. En el Renacimiento se hacía, al igual que Apollinaire, por razones estéticas que implicaban una sátira social. Este es el caso de *La lozana andaluza*, cuyo autor —que sospecho que es el mismo de la *Carajicomedia*, y quizá alguna vez hable de esto más despacio— decía "que los pintores e puetas y estoriadores como él (el autor del "Amadís") tienen licencia de pintar y decir lo que a ellos mejor les pareciere, para fazer sus obras en todo e a todos hermosas". Esta doctrina implicaba la total libertad de tema y expresión, como el propio Delicado había hecho en *La lozana andaluza*, en la que la genitalidad predomina de modo casi exclusivo, salvo la honda amistad, impregnada de amor, que une a Lozana con Rampín.

Pero en Miller queda desnuda la relación estímulo-respuesta, descubriendo a su vez la característica general de ausencia de tentación y sus correlativos caída y pecado. Y esta es la nota que mejor describe la sociedad coetá-



Henry Miller: un resumen, a través del sexo voraz, de nuestro tiempo.

nea desarrollada: No hay tentación, ergo la culpa y el pecado antiguo no existen. En *Sexus* nadie sufre por la tentación o por haber cedido a la tentación, el acto sexual es un estornudo compartido, placentero a veces hasta el desmayo. ¿Qué tentación y conciencia pecaminosa sigue al acto reflejo de estornudar?

Desde luego Miller exagera, pero la exageración pone los hechos en alto relieve. Estamos avanzando hacia un mundo sin la idea de tentación y eso es tanto como decir que nuestra cultura tradicional se acaba. El sexo, fuente primera en la cultura occidental de tentaciones, se convierte en juego y deleite genital. Miller lo glosa, a su modo, con una inmensa cargada a través de un caricaturesco atletismo sexual inexistente.

Quede claro que ahora mismo no puedo conjeturar, siguiendo este rastro, qué ocurrirá en la convivencia humana separando el sexo de la tentación y del amor. Tanto puede llevar al espiritualismo su-

perpuesto, a la bestialidad, como al sosiego del cuerpo y la paz del ánimo.

Miller no es, casi nunca ocurre así a los grandes resumidores, por completo consciente de lo que se desprende de su o de sus libros, pero es notable que haya llegado a una especie de esbozo de cristianismo para definir su cosmovisión. "En el fondo —dice Miller—, soy un hombre religioso sin religión. Creo en la existencia de una inteligencia suprema... Llámela Dios, si quiere. Creo en una vida entre ese Dios y yo a manera de vínculo con el cosmos" (1).

A esto hay que añadir una tendencia permanente a supuestos calvinistas. Miller cree que está "conducido" y que tan sólo hace lo que puede como personaje de una obra cuyo argumento está escrito y el papel de los personajes también.

(1) Georges Belmont: Henry Miller. Conversaciones de París. Madrid, 1972, página 41.

Es lástima que no sepamos algo más que nada sobre los componentes raciales e histórico-culturales de la familia de Miller. El no ha dicho nada nunca, que yo sepa, y no sé demasiado sobre Miller. Es lástima.

No obstante, algo queda claro: no hay que confundir en este caso al autor con su obra. Miller utiliza en parte sus libros contra el hombre-insecto que se afana sin saber por qué ni para qué. Una clase de hombres que no comprende que la gran tentación está en la muerte. En el mundo sin tentaciones, en gran parte nuestro mundo, que describe Miller, alguna vez aparece la gran tentación que la gente no llega a entender, la tentación intelectual de acabar con una vida, con la propia especialmente, y en este momento la parodia acaba y la verdad empieza. Esta única e intolerable tentación lleva siempre a un canto a la vida, que se eleva como una esperanza sobre la genitalidad y el egoísmo ramplón de los sentidos. Este es el Miller lleno de amor y de religiosidad, como Dostoievski o Nietzsche, a quienes tanto admira.

El mundo sin tentaciones es un mundo sin mediación. Para resolver las consecuencias malas de la tentación se necesita la mediación activa de algo o de alguien. Así lo enseña la teología tradicional cristiana al hacer de Cristo el mediador absoluto. Al pecado lo limpia, o pone las condiciones para limpiarlo, el mediador absoluto entre el hombre y Dios. Pero nosotros los occidentales, incluyendo la Europa del Este, estamos comenzando a intentar vivir sin mediación ni mediador, desde el año veinte.

Una pregunta hay inevitable. ¿Qué puede ser de un mundo en el que no hay algo que sirva de mediación y de sentido a los actos y las cosas? Parece que Miller se hubiera hecho esta pregunta y hubiera respondido "la vida". El lector tiene la idea de que el autor de *Sexus*, lector incansable de Goethe, se hubiera preguntado a sí mismo: ¿pero cómo media la vida entre la vida y el hombre que piensa la vida? Y dudase entre la razón del hombre, que media entre el ser humano y la demás vida, y una inteligencia no humana que cuida, protege y destruye a los hombres.

De un modo u otro, Miller necesita la mediación universal absoluta y, al mismo tiempo, destruye, ferocemente, a nuestros coetáneos que buscan la mediación en lo más momentáneo y fraccionado, la caricia genital.

Es cierto que en este nuestro mundo sin mediación cuesta trabajo vivir, y así lo han narrado los más perspicaces, como Céline, otro de los preferidos de Miller, en la escena del defecatorio new-

SEXUS

yorkino, que describe en *Un viaje al fin de la noche*.

Miller casi llega a decir que la mediación es amor. No lo dice, pero lo siente. Ahora entendemos, ahora entiendo yo al menos, por qué de repente deja Miller a sus personajes sueltos, contrapuestos los unos a los otros, sin que en ninguno de ellos exista la capacidad de entender a los demás, y salta a un amor exaltado que une las cosas más diferentes y heteróclitas haciendo de mediador que les da sentido y entrelaza. Son momentos de casi segura incompreensión para el lector de no recurrir al lenguaje transfigurador. Lo que le faltaba a Joyce lo encuentra Miller; el lenguaje como medio de la mediación y no como medio del fraccionamiento.

Los hombres, todos los hombres, desean algo que sea mediador, cuya mediación no se confunda con el miedo o con el Estado. Supongo que Miller quedaría asombrado si alguien le dijese que su "compatriota" Marx, el viejo don Carlos, proponía la destrucción del Estado para encontrar la mediación más pura entre los hombres.

Los americanos que leen *Sexus*, y muchos europeos, sólo ven en esta obra lo que hay suelto —solutus— y en fracción.

Se veía venir esta orfandad respecto de la totalidad desde que Comte, el gran avanzado de la destrucción de la cultura occidental, propuso como mediadora la sociedad funcionalmente organizada como un hormiguero. Desde que esta contradicción comenzó a tener sentido, los occidentales comenzamos a quedar huérfanos. En el futuro, la mediación será la del humano con el humano, sin otra instancia, con lo que reconocerá la conciencia de la especie y el amor se humanizará embelleciendo lo sucio y ennoblecendo lo que hoy es innoble.

Habíamos hablado de un tercer elemento, cuya ausencia en la obra de Miller tenía un significado general para interpretar la cultura coetánea. Me refiero a la justificación. Hoy no hay justificación, sino explicaciones. ¿Pero tiene el hombre sentido como hombre si no se justifica?

El proceso histórico de la cultura occidental, mil veces analizado, ha desembocado en una convivencia que pretende subsistir ordenadamente sin justificaciones. Así ocurre en *Sexus* y en la mayoría de las obras de Miller. Esto es nuevo; yo diría que con la claridad con que lo presenta Miller, absolutamente nuevo. Algo hay de esto en *The Chatterley's Lover*, pero en este relato la mecánica del instinto no está sobrepajada por el anhelo, siempre presente, de hallar la justificación. Pero en la obra de Miller sí, de aquí que la ausencia de justifica-

ción sea, en cierto modo, el protagonista absoluto en la penumbra. Es contradictorio con la razón vivir sin justificar y sin justificarse; sin embargo, para nada hay justificación suficiente en la actualidad. No se trata del viejísimo problema de "¿qué hacemos aquí?", del fundamento y sentido de la presencia del hombre en el cosmos. Todo se ha hecho más cercano y por consiguiente más peligroso. ¿Cómo se justifica la insensibilidad ante la muerte del otro? ¿Qué justificación tienen los continuos genocidios, minuciosamente descritos por la prensa? ¿Qué justificación tiene que pretendamos vivir sin justificación? Porque explicar no basta. Miller explica las cosas extrañas o extravagantes respecto del hombre y la mujer en relación con la actividad genital y respecto de unos con otros, pero hay un clamor audible, si se me permite decirlo así, en toda su obra por la justificación. Ciertamente, es necesario un temple heroico para tener responsabilidad si no se tiene justificación. Y la vida en cuanto mero hecho biológico no es bastante. La vida se justifica trascendéndola sin salirnos del mundo, pero trascendéndola porque le atribuyamos un significado que dé sentido a la vida, que sea universalmente válido y que perfeccione a la propia vida. Miller se

acercas cuanto puede a dar a la vida el significado trascendente, pero se queda en el borde de lo universal. Sus personajes vuelven a la fracción y a las explicaciones. Esto le separa irremediamente de Goethe, su oculto guía.

"El hombre sin justificación", dice algo tan nuestro, tan próximo y significativo que una gran parte de los grandes relatos de nuestro tiempo, comenzando por *La montaña mágica*, podían substituir su título por esa frase. *Sexus*, concretamente, podría llamarse así.

Tan claro me parece el significado de la obra de Miller, que intuyo, a través del desconcierto y la exageración de *Sexus*, la semilla de un nuevo romanticismo. En las decadencias se expresa la sensualidad y la exageración de la sensualidad acaba diluyéndose en ideales universales. Nos vamos convenciendo de que uno nunca se justifica por sí mismo.

Antes de acabar estas observaciones haré alguna indicación sobre el lenguaje de *Sexus*, y, en general, sobre el triunfo del habla escatológica en los relatos modernos. Miller ha contribuido, y bastante, a incorporar al lenguaje literario las palabras indecibles que se utilizaban, pero que no se debían decir. Gran parte de la agresividad de su obra está en el vocabulario. Palabras cultas, a veces

ginecológicas, alternan con palabras clasificadas como soeces. De este modo, el realismo se hace más inmediato y la repulsa o el asombro encajan mejor. El lenguaje genital, sobre todo, bestializa la relación hombre-mujer, poniendo al lector en el aprieto de aceptar un vehículo, tradicionalmente innoble, para valorar el mérito de una obra. Ese aprieto ha producido grandes censuras y grandes elogios. Pero es cierto que la "palabrota" gana terreno en el lenguaje diario. Condensa sentimiento y pensamiento en una síntesis que se aviene muy bien con el aislamiento de cada uno y la falta de respeto al otro. Dejarán de ser palabrotas, cuando dejemos de despreciarnos. A la vez la coprofilia aumenta porque la abyección consuela. Lo peor consuela cuando no hay justificación. Así me parece que, desde la adivinanza, quiere decir Miller lo que se piensa y vive, y no se dice nunca del todo si no es con la palabrota.

Tan general es este fenómeno que ha hecho más fácil traducir obras tan difíciles como *Sexus*. Al español literario se le han agregado en los últimos tiempos muchas expresiones escatológicas, antes prohibidas. Desde luego, se ha enriquecido el habla, aunque con el peligro para los escritores de intentar substituir el acierto estilístico por la sorpresa de la palabrota. En general, nuestro lenguaje se ha enriquecido según las regiones subdesarrolladas, con hondas diferencias entre las clases, pasaban a la convivencia mezclada y uniforme del desarrollo industrial. El idioma español ha sufrido una presión lingüística popular, en cuanto a la literatura y al idioma coloquial atañe, que procede del subdesarrollo andaluz y del hispanoamericano. Son vocablos nuevos o expresiones que se vigorizan por los escritores. El proceso capilar que caracteriza el enriquecimiento de las literaturas es paralelo al aumento de movilidad social. Miller ha contribuido a meter la calle en casa, desmitificando el lenguaje obsceno con mucho e incansable esfuerzo. Pero todo lo que es anticipación es, en su antes de tiempo, escandaloso.

Confío que el lector no haya pensado, es la última observación de este largo comentario, que en lo que llevo dicho pretendo suavizar la imagen del autor de *Sexus*. Un autor no es nunca sus obras. Miller es como es: un hombre vigoroso, de sed sexual siempre renovada, inadaptable y enemigo de las convenciones, que nunca se ha podido desprender del todo de la calle, a veces cruel, vulgar, demasiado cultivado y siempre bueno por bondad natural. Los malos nunca se cansan, los bondadosos sí, y Miller se ha cansado con frecuencia de los demás y de sí mismo. ■ E. T. G.



En Miller, a quien vemos con su joven esposa, Hoki Tokuda, es frecuente la prodia de la obscenidad.